

*Rafael de Dios García
(Rafa Dedi)*



Vivir con vida

*A mi pueblo.
A los pueblos y gentes del nordeste de Segovia:
“Zona Nordeste, terreno
de unos hombres olvidados,
con terrones en los hombros
y con cardos en las manos”.
A los hombres y mujeres del campo.*

Rafa Dedi (Rafael de Dios García), poeta y actor, nació en Riaguas de San Bartolomé (Segovia), en 1957.

Nació en el campo, vive en el campo, ama al campo y la mayoría de sus poemas están dedicados al campo, aunque no ha dejado de lado ningún otro tema: el mar, la libertad, el amor, la juventud, la vejez... Sus poemas más conocidos son los dedicados a las cosas: a un sobre, a un sombrero, a una jaula...

Su pueblo natal (...donde cuidan ganado y labores / unos hombres sin nombre que nombro); Segovia, donde estudió (libro *Segovia, mis raíces*); Leganés, donde pasó parte de su vida (revista *Taller Literario*; libro *Como ángeles sin alas*, junto a su gran amigo Pedro Cordero Alvarado, extraordinario poeta y heraldista, que le cita en la página 604 de su reciente libro de memorias titulado *Infinito es mujer*, etc.), Menorca (libro *Mar azul, mar negra*) y Ayllón son los lugares en los que escribió la mayor parte de su obra. Sus paisajes y gentes le sirvieron como fuente de inspiración

Primer Premio “Villa de Leganés” (Leganés, Madrid, 1981) con *Nací para ser libre*; Primer Premio “AGA” (Bilbao, 1984) con *Corazones arrecidos*; Primer Premio “AGA” (Bilbao, 1986) con *Estación de penuria*; Primer Premio “AGA” (Bilbao, 1992) con *Hombres de polvo*; Mención Honorífica “Ciudad de Miranda” (Miranda de Ebro, Burgos, 1995) con *De los sotos al páramo*; Primer Premio “Sindicato Nacional de Escritores Españoles” (1995) con *Poemas a las cosas*; “Medalla de Oro de San Isidoro de Sevilla” (Sindicato Nacional de Escritores Españoles, 1998).

Fue corresponsal y colaborador de *El Adelantado de Segovia*.

Incluido en numerosas obras antológicas (*Antología 50 poetas contemporáneos de Castilla y León*, etc.), es miembro de varias asociaciones y grupos culturales y colabora asiduamente en revistas y periódicos.

Ha publicado los siguientes libros: *Poe* (1980); *Nací para ser libre* (1981); *Segovia, mis raíces* (1983); *La promesa* (1987); *Hombres de polvo* (1992); *Si no fuera por ti* (1994); *Poemas de abatimiento* (1995); *De los sotos al páramo* (1996); *Poemas a las cosas* (1996); *Mar azul, mar negra* (1998), *Rafa Dedi, poemas* (2000), *Vivir con vida* (2010).

Algunos poemas de su libro *Poemas a las cosas* aparecen en los libros de lecturas (*Calidoscopio*, 4.º y *Perinola*, 5.º de Primaria) de la editorial EDELVIVES y en los libros *Idioma y Fantasía 4.º*, *Idioma y Fantasía 5.º* y *Aplausos 4.º*, que publica la editorial DISTRIBUIDORA NORMA en Puerto Rico.

A MODO DE PRÓLOGO

El autor ha pretendido y afortunadamente conseguido plasmar toda la emoción, todo el encanto, toda la nostalgia de los campos enfermos y sedientos.

Luis Mínguez Orejanilla (poeta, crítico, antólogo, articulista...). *Prólogo del libro Segovia, mis raíces.*

* * *

Un poeta puro de nuestra tierra, que sabe interpretar las representaciones del espíritu de forma intimista y sincera, con desnudez de alma y con la riqueza melódica necesaria para que sus versos, uno a uno, vayan calando en la sensibilidad del lector.

Pablo Martín Cantalejo, director de *El Adelantado de Segovia*, 1987. Prólogo del libro *La promesa.*

* * *

Rafael de Dios García es, ante todo, hombre de la tierra. Él está orgulloso de serlo, porque se encuentra muy a gusto en contacto con la Naturaleza, a la que vive intensamente. Conoce la vida de la gran urbe, donde se ha movido en medios literarios y artísticos, pero ha preferido volver a sus orígenes.

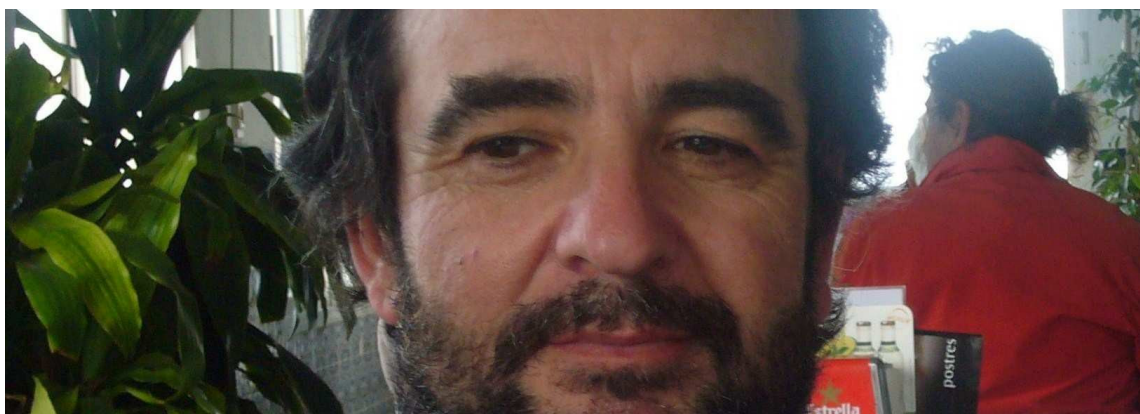
El Adelantado de Segovia, viernes 18 de marzo de 1988, pág. 5.

Rafa, con más nostalgia que nadie por estos parajes un día cultivados y hoy preteridos y a la buena de Dios, restaña su pecho magullado así:

Trago viene, trago va, Que se beben los sudores Y que no les saben mal.

Apuleyo Soto, “Por el Duratón al Duero”, 2006. Pág.77.

Desde el recuerdo del crudo ayer reciente, con la certeza de un presente considerablemente mejorado y la esperanza en un mañana prometedor.



El Autor.

*El campo libro es que necesita
los surcos que el poeta le recita.*

EL LUGAR DONDE NACÍ

En la vieja Castilla nací,
con la sierra de Ayllón en el fondo,
donde cuidan ganado y labores
unos hombres sin nombre que nombro.

Lo que llevan cargado en los hombros
es un yugo, del que tiran fuerte;
y su esfuerzo, tenaz y diario,
el ganado y la tierra agradecen.

Pero acaso no sea bastante
lo que obtienen con tanto trabajo
y paisanos que al campo querían
terminaron un día marchando.

En la vieja Castilla se llora
a los muertos y a los muertos vivos.
Cuando muera, que sea de muerte,
que no sea por haberme ido.

*Segovia es soledad, tierra desierta,
engendro de futuros emigrantes
y pasto de vejez y de miseria.*

SI FUERA

Segovia: en tus pueblos hay
tantos campos desolados,
tantos castillos derruidos,
tanta carne descuartizada,
tantas *trescuelas* desparramadas,

tantos ríos separados de su nacimiento...

¡Ay, Segovia, si tu vientre
fuera terreno paniego!

DE PELO VERDE

De pelo verde el pueblo,
sombra de sombra.
La primavera pinta
las amapolas.

De pelo verde el pueblo,
pelo con canas.
Veredas y regueros
trazan la raya.

De pelo verde el pueblo.
Silencio verde
como rápido viento
corre y se extiende.

De pelo verde el pueblo:
es primavera;
aunque nunca el invierno
deje mi tierra.

AÑORANZA

Aunque nada me falta necesario,
te reclamo, cargado de añoranza.
La ciudad es enorme, poderosa,
mas las rosas se compran, no se plantan.
¡Cuántas rosas planté, cuántas, y ahora
las tengo que comprar para mirarlas!

No te vengas aquí si tienes fincas,
por pequeñas que sean, por amarga
que resulte la estancia en tu terreno.
Mientras crezca la siembra, amigo, ¡aguanta!,
que los que nos vinimos a otras tierras
ansiamos regresar a nuestra casa.

*Debo derramar
la sangre de las heridas
que no me hice. Volver,
para regar mis raíces
secas.*

LAS FINCAS

Las fincas son sus señoras y
el dolor los labradores. Las
espinas en los hombres
y en los campos las coronas.

Haces que ríes, y lloras.
Y lloras, aunque no llores.
Segovia: tus labradores
cuidan bien a sus señoras.

¡Han arado tantas horas
con las yuntas y tractores...!
Merecen otros honores:
no espinas, sino coronas.

A DESPARRAMAR

A desparramar *trescuelas*,
trescuelas desparramar.
Las *trescuelas* son montones
que, al esparcirlos, se van.

En los carros se transportan
a los huertos y a las tierras
y no vuelven a los carros:
desparramadas, se entierran.

LABRADORES DE CASTILLA

Los campos de Castilla, ¡Dios los guarde!,
necesitan más sol que el sol que brilla;
necesitan más haces, menos trilla
y un viento que los limpie y los escarde.

Vosotros sois el tronco, no la astilla.
Vosotros sois la llama, no quien arde.
Los que cada mañana y cada tarde
aguantan cada noche y cada orilla.

Una nueva semilla es necesaria.
Una nueva ilusión: la de otra espiga.
Un renacer constante a la esperanza.

¡Dejad atrás el llanto y la plegaria!
¡Dejad atrás el miedo y la fatiga!
La madre de Castilla es la labranza.

LOS ESTUDIOS

Niños: os tenéis que levantar una hora antes
y subir en las albarcas hechas neumáticos.
Sois los hijos adoptivos de otra escuela,
huérfanos de los maestros de otro pueblo.

Niños: con rocío penoso está la hierba;
y en el mustio aguardar de vuestras madres
nadie llama entregando unas caricias.

Niños: ¿qué seréis, labradores o estudiantes?
¿Correréis más kilómetros o, al fin,
os haréis hijos del polvo y la cosecha
que os parió y, entre cama y hogaza,
os enseñó a ser yunta de su yugo?

Si os marcháis de estudiantes, no olvidéis
lo que estudiaron vuestros padres con las manos
para elevaros a la oportunidad que ellos
nunca tuvieron de alcanzar las letras
grandes, que curan, comercializan, matan...

Y así como en el fracaso la tierra
no os negaría sus frutos, que en el éxito
no os neguéis a la tierra y sus penurias;
a vuestras raíces y a los sacrificados por su permanencia,
a cuya horra y admiración nos debemos
y a cuyo apoyo estamos obligados
en razón, más que de sangre, de conciencia.

*Que sólo nos quite trabajo. Que
no nos retire el sustento. Que
sólo nos libre del sudor. Que no
se nos lleve el progreso: esa
boca con dientes afilados
y dispuesta a cebarse en las carnes.*

POR AQUEL ENTONCES

Porque vinimos para ser la flor
y de la flor nacimos, creada por la mezcla
de dos sangres, *yuncidas* para tirar más fuerte...
Porque vinimos, vine a nacer en un pueblo
pequeño de Segovia, acatadora y fría.

Después de los seis años primeros
de pétalos caprichosos,
recibí como castigo
la severidad de la escuela.

Por aquel entonces se utilizaba para segar
el cuarto menguante de la luna
y se trillaba a piedra con los machos.

Dueño era mi tío de apuesto palafrén,
que le transportaba a los pueblos con descuartizado ovino
y cabalgaba muchas noches por el terreno de mis sueños.

Al llegar el verano, las familias enteras
acudían al corte de maduras espigas
y avanzaban por surcos dejando rastrojos.

Primero era unir:

los puñados en gavillas,
las gavillas en haces,
los haces en *cargas*,
las *cargas* en hacinas...;

después sería separar.

Anchas y dentadas cosechadoras se
tragaron los campos y sus hijos
huyeron de su boca en busca de otro
alimento para su boca.

Hasta entonces se utilizaba para segar
el cuarto menguante de la luna
y se trillaba a piedra con los machos.

AÑADIDO I

Y nos volvió el recuerdo de la leche materna,
que se obstinó en quedarse guardada entre terrones
manteniendo los ojos cerrados en el antes.
Por ella existe el beso que llevar a la boca
ésos que regresemos en busca del origen
como último recurso.

AÑADIDO II

En un trozo de finca
el final de los días escribiremos muchos
con tinta del tintero, tal como era al principio;
ahuyentando a los cuerpos de lata, que no cesan;
defendiendo esos metros cuadrados que el olvido
ocupó en nuestra ausencia, tantas veces
innecesaria, inconsecuente, absurda.

AMBIENTE PASTORIL

(A mi padre)

Corral y tenada.
Perros ovejeros.
Zurrón y tocino.
Ruidos de cencerros.

Mañanas de cerros;
tardes de praderas;
cena y desayuno:
las *canales* llenas.

¿De quién es aquella
gran nube de polvo?
Del mayor rebaño
de todo el contorno.

II

Los lechazos celebran
con carreras y brincos
la importancia suprema
de poder seguir vivos.

Los lechazos trabados
patalean y balan.
Libertad que se pide,
cuchillo que se clava.

El lechazo es un niño
condenado a la muerte.
El mundo es de moruecos
y de carneros fuertes.

III

Preparados, preparados
para llenarse de mugre.
Las tijeras afiladas.
buen vino, sabrosos dulces.

En cuanto Dios dé las luces,
o calmosas o trabadas,
a las reses del rebaño
irán dejando sin lana.

Y saldrán de la tinada
sacas llenas de vellones
para prendas de vestir
y vientres de los colchones.

IV

El pastor pasa muchas
noches enteras
a la luz de la luna
con las ovejas.

En el prado, en invierno,
con una manta,
aterido de frío
vivir aguanta.

*Corazón arrecido el de mi pueblo.
Corazón, corazones arrecidos.
Soledad es la suerte de sus hombres
y dolor la verdad de sus ejidos.*

LA MONTAÑA

¿Qué quedan en los pueblos?
¡Ausencias!
¿Qué quedan en sus campos?
¡Palabras!
Y las hojas, secas, vuelan
desde el llano a la montaña
buscando la blanca nieve,
buscando la nieve blanca
que cubre las negras penas,
que cubre las penas anchas.

En los picos las ganancias
y en los llanos la pobreza.
¿Cuándo vendrá la montaña
a los pueblos de mi tierra?

GRANO O CIZAÑA

Grano y cizaña cayeron,
uno y lo otro mezclados.
Grano y cizaña cayeron
y a los dos los enterraron.

Nací semilla, fui grano.
Sudor fui, que no veneno.
¡Ay, si pudiera subir
eso a todos los graneros!

(A Macario Asenjo, cuya semilla nunca olvidaremos.)

ESPERANZA

Y volverán al cerro las endrinas,
majuelas a las ramas del majuelo
y moras a las zarzas con espinas.

Y volverán las nuevas primaveras
a llenar las terruchas y senderos
de verdes esperanzas y acederas.

No lloraré a los niños, ni a los viejos,
ni lloraré el silencio de las eras,
ni a las casas caídas de abandono...

Espero todavía los retoños
que siembren alegría en nuestra tierra
y cosechen estrellas para el cielo.

CASTILLA EN CADA PUEBLO

Dejaos de carantoñas
sobre mi rostro apenado.
Miradme: los peales rotos,
los pies negándome el paso...
Mirad el pobre futuro
de mis manos impotentes.
¡Dejad de alabar las tierras
que sólo son alijares!

Desde lejos fantasías se dibujan:
la Castilla que soñamos, irreal;
la Castilla del estío en planta baja,
fresca estancia de sosiego;
la monumental Castilla legendaria;
la Castilla de los prados y los ríos;
de las montañas sanísimas y libres;
la Castilla de los cerros olorosos;
la dorada Castilla de las *miseses*;
la Castilla del asado en comilona...

Cuando bebáis la hiel de los que quedan,
sabréis lo que es Castilla en cada pueblo.

*Debajo de cada remiendo
había carne.
Debajo de cada terrón
había simiente.*

LOS NIÑOS

Los niños son la sangre venidera
que regará con sangre nuestros campos.
Los niños son los corazones fuertes
que latirán encima de corazones lacios.
Los niños son la mano necesaria
para obturar heridas y embestir con laureles
al errátil futuro.
Los niños son esas riberas verdes
de nuestros ríos secos.
Los niños son mañana, y en mi pueblo...
¡quedan tan pocos niños!

MAÑANA

Mañana, en mis raíces
fijada, mi bandera
ondeará constante
hasta yacer mis versos.

Yo creo que las manos
son el primer sol.
Yo creo firmemente
que el sudor
es la primera y más necesaria
bebida de la tierra.
Y creo
que la lluvia no es agua,
sino el sudor del cielo hacendoso
en ojos de las nubes.

LABRADORES

Sus casas son de adobes,
con pajar y con cámbara.
Los suelos, embarrados
y las paredes, albas. Al
yugo de la tierra están
yuncidos siempre. Su
flor, la amapola
y su triunfo, las *mieses*.

Se mueven en los lomos
de las caballerías,
que cada vez que trotan
tañen melancolías,
y van por los caminos,
cañadas y senderos,
el grano de su vida
sembrando en sus terrenos.

Estirpe luchadora
de seres olvidados
que ven hasta del cielo
sus campos castigados.
Pero cómo los quieren
que nadie se les lleva
si cabe de sus vientres
sacar cosechas nuevas.

SECOS ESOS CAMPOS

Donde hay cardos, siembra flores
el labrador cuando siembra
y, a veces, recoge cardos,
regados por la tristeza.
Secos esos campos: ojos
de los hombres con sus penas;
por haber llorado tanto
y quedarse el alma seca.

Se perdieron en el luto
esperando primaveras,
los honrados campesinos
de los pueblos de mi tierra.
Surco arriba, surco abajo,
solos en el campo esperan.
Van esparciendo la vida
por una humilde cosecha.

¡Tantas son las malandanzas
que los pueblos acarrear!
Sol a sol echando horas
y... ¡es tan mísera su hacienda!
Tantas son que por amarte,
sólo por amor se quedan;
por tenerte a ti con ellos
como erial y como vega.

LA ZOQUETA

Con guante de madera
atrapa las espigas.
La segur, afilada,
no perdona sus vidas.

Sus dedos, atrapados
en guante de madera,
asiendo las espigas
hilera tras hilera.

Sus dedos, defendidos
del corte de la hoz,
que deja sobre ellos
el eco de su voz.

VENCEJOS Y ATILLOS

Son vencejos y atillos
cuerdas sencillas
esperando extendidos
a las gavillas.

Con vencejos y atillos
ato los haces
y los pongo en docenas
a que descansen.

ACARREAR

Con columpio por abajo,
con estacas por arriba,
a las tierras van los carros
en fechas de recogida.

Se detienen en las cargas,
Alimentan sus barrigas
y, con sus pasos de ruedas,
regresan a las hacinas.

TRILLAR

Una alfombra de madera
sobre la parva camina,
que con sus dientes de piedra
pajas corta y rompe espigas.

Una yunta que la lleva,
un hombre que la domina.

Todo el día dando vueltas.
De ayudante, el sol, que atiza.
Al final, con una rastra
es la parva recogida.

LAS VOLVEDORAS

Siguiendo al trillo
como una sombra:
barras de hierro
de curva forma.

Sobre la parva
disminuida,
buscando luengas
pajas, y espigas.

EL PAJAR

Entraba la paja por la *pertilera*
levantando polvo.
Adentro, atascando porque más cupiera,
los niños, nosotros.

El pelo, tapado; la boca, cerrada;
empolvado el rostro.
Polvo que picaba y que nos ahogaba,
por la *pertilera* respirando sólo.

LA CIUDAD

Para tus pies, asfalto, que no eras;
para tus manos, otras amapolas;
para tus ojos, que contemplan *mieses*,
obras gigantes y constantes gentes;
gritos sin atender para tu boca.

Yo siempre te diré que te equivocas
en ir a la ciudad por la cosecha.

II

Ya no tendrás que ir al lavadero
ni llevarás botijos a la fuente.
Ya no jalbegarás sucias paredes
ni embarrarás los suelos.
Ya no tendrás que cocinar con leña
ni preparar braseros.
Sola tu casa está, sin gallinero,
pajar, yerbera, cámbara...;
sin una sucia y apestosa cuadra;
sin corral, con su pozo y su trastero...

Será pequeña tu casita enorme
y grandes los recuerdos.

III

Y por las calles que dejaste a oscuras,
hechas rastrojo, apenas hay espigas.
Cañas cortadas hay, cañas de paja.
Cañas, que suenan cuando se las pisa,
pero que pronto, y con dolor, se callan.

Y por las calles hay, bajo la luna,
el sacrificio de las mudas cañas.

A LAVAR AL RÍO

Al río a lavar
con el lavadero,
un balde de ropa
y jabón de sebo.

Un balde de ropa
a lavar al río
y a tenderla luego,
del sol, en los hilos.

LAS CINCO ESPIGAS

El viejo navegante de la albarca,
encallado en su asiento,
recuerda cada mar, cada montón
de peces y de raspas;
los años succulentos y los años
de blasfemia al vacío de la cámara;
los sacos que doblaban las costillas
y los sacos cargados en los lomos
-con el mínimo aguante- de los aires.

Tenía por entonces cinco espigas
a rebosar de grano en cada mano.
Tenía cinco espigas y ahora tiene,
a lo más, en los dedos, algún grano.

Terne, pero sin fuerzas,
levanta lentamente de su yugo
y, asido a su garrote, va dejando
superficiales surcos:
las últimas líneas del niño crecido
en la cartilla de la tierra.

GANADEROS

Ganado cuidan, ganado
que les sirve de alimento:
vacuno, para la leche;
lanar, para los corderos;
cerdos, para la matanza;
gallinas, para los huevos.
Ganado de las tenadas,
cuadras, *cortes*, gallineros...
Un poco de todo todos,
sólo para su sustento.
Y cuidando del ganado,
ganado tienen el cielo.

EL REGRESO

Ha regresado el hijo y la punzante
barba del padre ara su cara a besos.
Hoy el pequeño grano soterrado
entre sus brazos es copiosa espiga.

Todo sudor y hiel sobre su cuerpo
calándole la piel a su retoño.
Y todo el polvo de su polvo encima
y todo el yugo de su yugo a mano.

Hijo, te quiero: eres la semilla
que necesita el corazón, mi campo.

*(Con sus mugidos ansiosos
habla el bovino ganado
para sus platos vacíos
pidiendo paja y salvado.)*

VOY

Voy a echar una pastura
en el pesebre a las vacas
para ponerme a ordeñar.

De que vacíe sus ubres
voy a sacar su basura
y llevarla al muladar.

Voy a coger, para echarlas,
de la cámara los piensos
y la paja del pajar.

Voy a la cuadra corriendo,
bramando me solicitan:
leche y abono me dan.

Voy a... Siempre estamos yendo,
cuento de nunca acabar.

AMANECER

Si el agua corre, es que hay niños
que lo hacen correr.
Si el viento sopla, es que hay niños
que lo hacen soplar.
Si amanece,
es que ha nacido un niño.

Agua estancada soy yo, la vejez.
Tímido soplo, que apenas se ve.
Día sin luz ni calor.

Los niños tienen el sol y los aires.
Los niños tienen la fuerza en los pies.
Los niños suben al potro del viento
y se levantan después de caer.

Pero los viejos caminan despacio.
Si tienen potro, no pueden subir.
Van hacia donde les lleven los vientos
y sólo esperan el cielo al morir.

MI FLOR

Toma, mujer, mi flor: la amapola.
Las rosas son las flores de los otros.
Toma, mujer, como mi sangre, roja:
se la bebió en tu ausencia poco a poco.

Toma, mujer: la reina de los campos.
No conoció rosal que la quisiera.
No sé por qué se me parece tanto.
Sí que lo sé: es, como yo, de tierra.

MI PUEBLO

Mi pueblo es de secano (cereales...)
y por agua, del cuerpo caluroso,
el sudor repugnante y oneroso
que les brota furioso a manantiales.

Mi pueblo es de tocino, boina y peales
y no de señorío primoroso.
Mi pueblo, aunque sencillo, es más hermoso
que los lugares faustos y reales.

Te quiero, pueblo mío, con tus lares
de adobe, con tus charcos y praderas,
con tus páramos yermos y el plantío,

con tus amontonados muladares,
tus ejidos, tus hatos y tus eras...
¡y con tus sementeras, pueblo mío!

SE VAN HACIENDO ESPALDA

Se van haciendo espalda los pequeños,
se van haciendo espalda.
Sí, nuestros afluentes ya no quieren
ser ríos de lo nuestro.
Prefieren encallar en otros puertos:
se van haciendo espalda.
No les llama la mar de las espigas
a estos marineros.

Le tengo mucho miedo, pero debo
aventarlos un día
y dejar que se vayan con el viento.

ELLOS VEN

I

Ellos ven que a sus hijos con furor les sacuden
el placer, el dinero, las ganas de vivir...
Que sus robustas ramas,
deshojadas a golpes de trabajo incesante,
partirán impelidas por el constante anhelo
hasta el campo que sacie su voraz apetito.

II

Algunos, que marcharon
buscando lo celeste,
venenos confitados
hallaron solamente.

Escasamente gozan.
Ajeno es su trabajo.
Su cielo es menos cielo
que el poco que dejaron.

III

Otros, que aborrecieron ser unos simples granos
de la menuda arena
y a merced de las aguas moverse,
que añoraron vivir de su propia simiente,
volvieron al pueblo
y a la sombra reseca de árboles viejos
plantaron su germen.
¡Pero son tan pocos
para tanta sombra, tan duro desierto,
al lado de tantos árboles añosos!

SI SE TE VAN

I

Si se te van los hijos y te quedas
solo, como las eras.
Si se te van los hijos, si se marcha
el grano del granero.
Si se te van y tú no quieres irte
porque prefieres el rastrojo a solas
que la mies con ellos.
Sí, que la mies con ellos, abundante,
porque pretendes menos, mucho menos:
tú te conformas con seguir vertiendo
en tu lugar el resto de tu sangre.
Si se te van los hijos, ya lo saben
que no te irás con ellos.
Si se te van los hijos de la era
llevándose tu cuerpo.

II

Y se quedó, la sombra del que fuera.
Ya poca sangre le quedaba dentro.
Su inspiración las amapolas eran
y, en vez de surcos, escribía versos.

Y se quedó a solas en la era
para llenarla él con su silencio
hasta llegar la hoz que a todos siega
y en el rastrojo abandonar su cuerpo.

*Cuatro son las estaciones.
En mi pueblo sólo hay una:
la del invierno constante
de trabajo y de penuria.*

PRIMAVERA

Los lapiceros de las casas dejan
de escribir *borrajotos* en el cielo.
Los suelos alzan las hojas recién pintadas
y se las colocan a los árboles.
Regresan los sonidos de las aves
al coro silencioso de los pueblos.

La lluvia de la sangre de la vida llena
las venas de las cosas.
Escapando al invierno, que reposa,
el campo y el calor juntos avanzan
y un plato de acederas y esperanza
te ofrecen, labrador, para que comas.

Con la tinta gastada, los braseros
se sacan de la mesa y son guardados.
Llegó la primavera y los tejados
no trazan en el cielo *borrajotos*.

CAMPOS ARADOS DE PRIMAVERA

Campos arados de primavera
junto a los verdes campos, las eras
verdes
y los rebaños en las praderas
verdes;
cañadas, sendas y prados
verdes;
caminos desempolvados
donde aparecen las acederas...

Aran y aran. Siguen su surco
tras de la yunta los labradores.
De los retoños surgen terrones
junto a los verdes campos de espigas.

De vez en cuando tañe una queja
leve por tantas, tantas heridas.
Campos arados de primavera:
campos arados, como sus vidas.

TIERRAS ARISCAS

Estas tierras ariscas de parco rendimiento
donde crecen las piedras mucho más que las *miseses*,
banderas arriadas, por quien nadie pregunta,
aunque vean vacíos los sitios donde deban
colgar y removerse sus cuerpos femeninos
bailando con los chulos vientos que las conquisten
y les dicten el ritmo de su libre cintura.

Estas tierras...tan feas, que los agricultores
revisten y engalanan con sus mejores trajes;
y les lavan la cara y las pintan de mozas
para que no se rían los otros que las miren.

Estas tierras, banderas que en la vida se izan,
achispadlas un poco, si es preciso, y que salgan
de su tímida estampa hasta el mástil de baile
y que dancen al viento como todas banderas
sin tener que esconderse en el sudor del hombre.

*Ya llegan para ver cómo germina
el adiós que dejaron con su viaje.
Ya llegan, sin sus venas, a su sangre.*

VERANEANTES

Cuando llega el verano, sistemáticamente,
el regimiento de prosélitos furtivos
acantonado en las ciudades
ataca en desbandada la práctica de la religión
del asueto en el pueblo.
Avían sus mansiones, alquiladas al polvo,
telarañas e insectos,
y se hacen hueco a golpes
de melena con palo.
Revoltosos chavales, que fueron adiestrados
bajo caparazones de peligro incesante,
que rozara sus carnes, aunque no lo temiesen
y el miedo soportaran esos progenitores
a quienes pertenecen como el libro y el plato,
corren como lebreles, que el viento se los lleva,
sin metas, sin edictos, con campo de por medio,
hasta que desvanecen al día con su trote

y acuestan travesuras, echándose las mantas
de los párpados sobre sus atontados ojos
con cuantiosas imágenes entreveradas dentro.
Cuando llega el verano, cuando los labradores
recogen sus sudores y los atan en haces
y los pisan muy fuerte para sacar el grano
y llenarles de paja las ubres a los carros.
Cuando llega el verano. Y después, a otro cuento:
a volver al camino que tal vez no debieron
de tomar aquel día y que tanto les cuesta,
después de desandararlo, iniciar nuevamente
porque, aunque por hombría, silencian lo que sienten,
¡qué tristes se les nota partir a los prosélitos!

EL PEDRISCO

Ha llegado el pedrisco y ha cambiado el cariz
de las *mises*, que ondean sin banderas de grano.
“¿De qué sirvieron tantas rogatorias?”, te dices.
“La lluvia del hisopo ha bendecido qué”.

Y van los corazones con tantos agujeros,
sonoras aspersiones blasfemas propagando...

Miras desaforado tu sudor, derretido
por las nubes traidoras, contra el campo avenidas.
“No mires. Es la vida. Quizá el año que viene
llegue para curarnos la multiplicación”.

¿Pero qué? Y poco a poco las cicatrices cierran
y el dolor, combatido por el silencio a voces,
va menguando hasta hacerse indeseado acato.

“Quizá el año que viene...” Y esperan los acetres
que el agua, renovada en un grifo cualquiera,
de nuevo se bendiga para las rogatorias.

Quizá el año que viene o después, cualquier año,
habrá de nuevo errores en el sitio del cielo
y otra vez en la tierra blasfemas aspersiones
del sudor, derretido por caídas banderas
que, iracundos, contemplen con sus cuerpos heridos
hasta que cicatricen en la resignación.

*Mucho peso y poca carga.
Mucho amor y pocos frutos.
Caminar
un camino, que se alarga,
de miserias y de lutos.*

LO QUE YO AMO

Yo amo lo sencillo, lo casero,
a las gentes humildes, verdaderas,
a las cosas pequeñas, a las eras,
al rebaño que abreva en el venero,

al niño que no sabe de dinero
y a ti que, como yo, te desesperas
por muchas haber sido las esperas
y pocos los encuentros; por cochero,

al viento que reviente las cadenas;
salud, que no riquezas, por carroza;
sonrisas por corceles y no penas;

y aquí, donde la paz se vive y goza,
quedar contra derrotas y condenas
lo mismo que la mies sobre la broza.

EL RÍO DE MI PUEBLO

Angosto porque sólo
le llueven estrecheces.
Ovillo que recoge
los hilos de tristeza
y va sin equipaje
de ranas y de peces
soñando los lugares
a los que nunca llega.

El río que conozco,
callado y combatiente,
que no es río corriente
pues no lava ni riega.
El río misterioso,
que calla lo que siente
y avanza con su poco
caudal por la maleza.

El río solitario,
que fluye entre las *mieses*.
El río, que no es río
de cantos y de arena.
El río campesino,
que llora a los ausentes
y lleva un viejo puente
colgado a las acuestas.

TIRA DE LOS RAMALES

Tira de los ramales y que pare
la yunta desbocada del esfuerzo.
Tira de los ramales, alza el yugo
y que las bestias pasten un momento.

Quítale la zoqueta a nuestras manos
y a nuestros pies las bolsas de los peales
que tanta esclavitud...

Las flamígeras *mieses* iluminan
los campos y nos llaman
para que apaguemos su fuego.

“¡Ya vamos! ¡Ya vamos!”
Blindamos con zoquetas nuestras manos
y a recoger las teas espigadas.

Por los campos caminan las albarcas
con los pies en los peales destrozados.
Las acémilas tiran de los carros...
“¡y tú de los ramales, venga, para!,
¿no ves que no resisten tanta carga?”

SOL SIN RAYOS

El sol, sin rayos, no es sol.
Eso le pasa a mi pueblo:
que sus rayos se le fueron
con su luz y su calor.

Algún rayo se quedó
avivando los reflejos
de aquel sol, que se fue lejos
y que nunca regresó.

Rayo que todo lo dio
y que lleva, flojo y viejo,
lleno de polvo el pellejo
y la frente de sudor.

Sin luz... ¡no te veo, no!
Como por verte me muero,
te imagino y te deseo
con la luz del corazón.

Pero me falta valor
para quererte por dentro
y, a pesar de lo que siento,
yo también te digo adiós.

LA COSECHA

Lo mal que lo pasaron cuando el cielo bramaba
y arreaba a los campos con sus trallas de fuego
escupiendo los restos de invierno acumulados
que tanto deseaba vomitar.

Al final hubo suerte: las enfrenadas iras
fueron sólo espantazos
y revientan de peces los mares de los campos.

Rudimentarios barcos, de varas o de yugo,
reciben en sus lomos la pesca y la transportan
hasta la quieta playa
donde aparten las raspas y coloquen en sacos el
deseado fruto que por cauces reseco
conduzcan hasta el vientre de su lar orgullosos.

Al final hubo suerte:
aquellos estridentes ronquidos de las nubes
salen de sus oídos, en que se aposentaron
sin abrirles las puertas y sin pedir permiso,
al habitar en ellos, retumbando, el sonido
callado de la calma.
Y las medrosas nubes, taladoras de espigas,
cuyo filo en sus hombros traslucía potente,
da paso al paladeo de fértiles imágenes
que ponen en su boca un regusto a conquista
de envidiable sabor.
Al final hubo suerte. ¡Qué cosecha! ¡Da envidia!
Fueron sólo espantazos las enfrenadas iras
del cielo bramador.

LA HORA DE LA SIEGA

Navegando en albarcas, que pilotan los peales,
los labriegos recorren los mares de las *miseses*
hechas sol, casi a punto de segur afilada.

Miran cómo sus testas levantadas se humillan
y a las más escondidas, todavía verduscas,
con algún improperio su orgullo les reprochan.

“Ha llegado la hora, espigas, de la siega.
¡Sed sumisas! Poneos el vestido preciso
para ir a la era y habitar el granero.

EL GRANO

Meros haces de carne expuestos al sol,
aparando y midiendo el sudor en fanegas.
Unos pechos de grano los quieren, les llenan
unos sacos vacíos y les dan su amor.

Y los suben al carro y después, ¡cómo no!,
en sus lomos los suben por las escaleras.
Ellos siempre cargando sus sacos de penas
en las fibras sensibles del foro interior.

Uno y otro los suben –aprieta el calor-
con la casa del cuerpo llena de goteras.
Los montones de grano, pechos de las eras,
en la cámara quedan. Fin de la labor.

MI PENA

Mi pena es de los pueblos que fenecen
a la espera de nuevas primaveras.
Mi pena es el silencio de las eras
y el llanto de los campos, que no crecen.

Mi pena son las penas que se mecen
en cunas de sudor y de miseria.
Mi pena, que no es triste sino seria.
La pena de los hombres que florecen

y ven cómo sus flores abandonan.
La pena de la ausencia, del olvido.
Mi pena, la del campo dolorido
que siembran mal sembrado y que no abonan.
La pena de los hombres que amontonan
ensueños de mañana en el camino
que luego los vaivenes del destino,
soplado con rigor, los desmoronan.

ESTE PUEBLO ESTÁ LLENO

Este pueblo está lleno
de yuntas solitarias
que sostienen con garrotes
los envejecidos cuerpos de sus hogares.
Está lleno de rejas herrumbrosas,
desasiéndose de los arados,
cuyas carnes aserradas serán lumbre
o colgarán en las paredes del recuerdo.
Está lleno de días para el polvo,
que campea a sus anchas sobre el hombre
transformándose en barro con su sangre.
Está lleno de noches fantasmales,
que aterran con sus ruidos, inventados
por la angustia y el eco del silencio
y, por ende, imposibles de aliviar.
Este pueblo, mi pueblo, que no tiene
un futuro mirando al horizonte
sino un presente con los ojos bajos.

LAS UÑAS Y LOS DEDOS

Tiene que ser con las uñas
Con los dedos no se ara.
Los dedos nada se mueven
mientras las uñas trabajan.

Los dedos son las caricias
y las uñas el sustento.
No acaricies con las uñas
ni labores con los dedos.

A los dedos y a las uñas,
a los dos necesitamos:
a los dedos para el alma,
a las uñas para el campo.

¡Sed cariñosos y blandos
labrando la tierra dura!
Tiene que ser con los dedos
y no sólo con las uñas.

*Cuando no puedas andar,
apóyate en mí y los dos
andaremos con mis pies.*

*Que si no somos espigas,
yo en tu campo, tú en el mío,
nunca existirá la mies.*

EL POLVO

Polvo nuevo, polvo viejo...
Polvo que al cielo camina.
Levantar polvo es hacer
brotar del suelo la vida.

Son el polvo de los surcos
y el polvo de los rebaños
el aliento indispensable
de la boca de los campos.

Polvo viejo, poco polvo.
Nubes inmensas el nuevo.
De lo uno y de lo otro
que tenga polvo mi pueblo.

Eternamente orgullosos
seguid al cielo elevando,
sea mucho o sea poco,
el polvo de vuestros pasos.

OTOÑO

El cuaderno del cielo, emborronado,
anuncia que su tinta, dilatada,
escribirá su llanto entre nosotros.

El viento se desboca como un potro
sacándole sonidos a las cosas
y cosechando brozas desgarradas,
plásticos y papeles, botes, latas
y *tameras* de polvo.

De los árboles élitros, las hojas
se desprenden, voltean por el suelo
y buscan papelera en los barrancos,
en las alcantarillas, en el río,
o son el pastizal de algún rebaño.

Escriben con la yunta los arados
sudores en el frío. Los abrigos
se sacan, necesarios, a la calle,
mientras las otras ropas se cobijan
en el trozo de armario que les toca.
Plásticos y papeles, botes, brozas...;
las hojas, corazones amarillos;
las *tameras* de polvo despertado;
el cielo emborronado; el abandono
de árboles, de calles, de caminos...
y los primeros llantos
de tinta en el cuaderno de los campos,
en el que con tu arado, campesino,
sobre el polvo dormido
dibujas tus esbozos.

OTOÑO

Las hojas que dejaron de ser tuyas,
árbol de los caminos polvorientos,
o vuelan por el aire vagabundas
o acaban como pasto del ganado
o estorban y, reunidas, se las quema.

El labrador prepara con sus uñas
de reja y yugo el vientre de la tierra,
que llenará de granos y de lluvia.

Retoñan los rastrojos y, sin hojas,
los árboles se angustian.

Otoño:
que te llevas horas de sol y dejas
que nos lleve tu corriente de tristeza.

ALLÁ POR EL OTOÑO

Allá por el otoño,
escapando de los albos corrales
de las altas montañas,
embistiendo con furia baja el toro
por el coso del río.

Es bálsamo que cierra
heridas producidas por cornadas.

Derriba las doradas banderillas
para que otras nuevas le coloquen.

Algunos botes, troncos, ramas...,
vagabundos, se suben en sus lomos.

Absorto en la faena continúa
en busca de pañuelos que lo aplaudan.

A capotazos va donde le diga
el estoque mortal que finalice.

ARANDO

Estás arando: trazas
los nervios a la tierra.
La reja, haciendo surcos
al corazón. La reja,
que sigue haciendo surcos
después de la faena.

Arando, campesino:
clavándote con ella
en tu campo, lo tuyo,
lo poco que te queda.

Arando, como aran
en ti los que te dejan.

LOS SOTOS

Del haz del árbol, al llegar otoño,
la crin del viento desató las hojas
y navegaron por el aire: olas
en libertad.

El solitario tronco,
que fue su mar, abandonado, llora.

¿Adónde irán en esa mecedora?
¿Adónde irán, al páramo...? A los sotos.
Los lugares así, secos, remotos,
las gentes abandonan.

*Ellos sólo pueden ofrecer pretéritos
de denodado e inagotable trabajo,
cuyo peso permanece,
como un indeseado trofeo,
en sus espaldas desgastadas y caídas.*

ABANDONO

Endebles las viejas y viejos, que fueron
carros corpulentos y a yugo tiraron,
apenas sostienen sus cuerpos maltrechos
en los tentemozos.

Las fértiles vegas, hechas eriales;
las yerbas salvajes cubriéndolo todo;
angostos caminos, que ya se olvidaron
de ser... hasta sendas,
con el polvo yerto pues nadie lo aviva
con su paso o soplo.

“Los carros son otros”, dicen para sí,
al tiempo que miran
al niño pequeño y al mozo que arrima
al saco los hombros.

Y lentos caminan junto a sus ausencias
con los tentemozos
donde los dirijan las frágiles ruedas
que tanto les cuesta levantar del suelo
el peso herrumbroso.

NOCHES FELICES

¡Qué felices las noches en los bares
pasándose el porrón de peripecias
si sólo pintan copas en los aires!

Y cuando pintan oros... ¡qué felices!
Pero su palo casi siempre es otro
y entre sus cartas pocos oros viven.

Las de su palo son, ellos lo dicen, las
espinas, las zarzas, el trabajo...; las
de su palo son, aunque no pinten,

las espadas clavadas en sus carnes;
las de su palo son también los bastos,
que les asestan golpes incontables.

¡Qué felices las noches en los bares
con el porrón y, pinten lo que pinten,
mirándose en la cara de los naipes!

LOS SEÑORES

He visto muchas veces a señores que llegan
como barcos enormes al río inusual,
implacables a todo problema del humilde,
trampear con el uso de la palabra fácil.

Les he visto sus cuerpos opacos, su armadura,
intraspasable al tiro, sin armas, de mis gentes;
sus diáfanas promesas del momento preciso
y sus incumplimientos de una y otra vez.

No van solos: transitan escoltados por fieras,
a sueldo amaestradas contra su misma especie,
de la que no se acuerdan –lo tiene prohibido-
y contra la que acechan prestos a devorar.

He visto a campesinos postular, sin recelo
de los cresos que hicieron la fortuna a su costa,
unas pocas monedas para el pan de sus hijos,
las sobras, lo sufrido, difícil de negar.

Pero sordos, ¿qué harán estos magnos señores,
sus traseros sentados en las mejores sillas,
a las gentes sencillas, que dañar desconocen
y que siempre supieron aguantar el perder?

Y llegar a la cima cuesta tantos mordiscos
de perros azupados, que salen a por todas...
“Si yo fuera plutócrata”, dice el listo del pueblo.
¿Qué somos? Campesinos hechos a padecer.

BAJO EL POLVO

Bajo el polvo del camino los rebaños,
bajo el polvo.
Bajo el polvo de la tierra
los labriegos.
Bajo el polvo levantado
por el paso de los tiempos.

Muchas casas abatidas
bajo el polvo de la ausencia
y leve soplo de vida
el polvo de las cosechas.

UÑAS DOBLES

Hay que dejarse las uñas:
se necesitan arados.
Los de las uñas cortadas
a la ciudad se marcharon.

Que sean largas y duras
para que caven profundo
y para que no se rompan.

Que sean duras y largas.
Hay que dejarse las uñas
dobles, por los que se marchan.

LOS PILONES

Mirad, ni medio llenos, los pilones,
ayer hasta los bordes ocupados.
Ninguna fuente habla.

Buscad el manantial contra el silencio,
el libro del pilón está menguando:
se necesita agua.

Venid los escritores con las plumas:
les faltan vuestras letras al cuaderno.
¿Adónde hay que escribir? En los pilones
de aguas estancadas feneciendo.

II

Pilón el labrador, que necesita
los caños de cosecha.
¡Pilón!
Pilón en soledad, al que le quitan
cada día más caños.

Pilón el labrador, que sus poemas
escribe ilusionado
para que sean pasto del desaire
sobre los surcos vanos.

EL NOMBRE DE MI PUEBLO

Hoy todo es como es, nada es somero.
Callado, pero lleno de canciones.
Y se ven las estrellas en el cielo
como ramos de flores.

El aire que respiro es... impensable.
Ayer respiraría de lo mismo,
pero se vino aquí de las ciudades
en busca de cariño.

Con el polvo a la grupa del camino
la gente va de albarcas, boina y peales;
una pequeña bota con el vino
y un corazón muy grande.

Miro el reloj: parece que no corre.
¡Hoy la ciudad está tan bien tan lejos!
¡Tanta pradera! ¡Tanta paz que dice
el nombre de mi pueblo...!

*(Las estrellas son flores amarillas
que se sostienen en unas
manos azules inmensas.)*

CINE MUDO

En la noche del campo las espigas luciendo
y la hoz o la hogaza encendida.

Me parece mentira
que haya cine sonoro.

Oigo trinos de pájaros.

Voy buscando la fuente,
a la espalda del pueblo:
las palabras que el caño
arroja en el pilón.

Una luz más potente cortará las espigas,
apartará del cielo a la hoz o la hogaza,
pero el cine sonoro... seguirá sin venir.

SE VA LA LUZ

Se va la luz. ¡Enciende los candiles!
Se va la luz potente de los jóvenes.
Queda la débil luz: los viejos quedan,
encorvados faroles.

Para la luz, oscura y larga noche,
apenas llegan nuevos farolillos.
Faroles apagados iluminan,
candiles encendidos.

¡Candiles! Mientras quede al menos uno,
alumbrará incesante su candil.
Después... ¿Habrà después? Estoy seguro
pues no se quieren ir.

*Y la falta de besos que embalsamen sus heridas
hasta que, tan necesitados, aunque tarde, cicatricen,
se va cargando todo su equipaje de juventud.*

LOS MOZOS

¡Qué terrones más fuertes los mozos y qué solos
haciéndose notar entre los surcos, sobresaliendo
tanto y tanto del trágico nivel que la rastrilla
imperante y mandataria de la senectud impuso!

¡Qué montones de polvo comprimido, irrompible
por cualquier azadón que no sea el del tiempo;
con el corazón roto por falta de lugar
carnal donde ponerle sin que se hiciera daño!

Ni todas las obradas de vastos pedregales,
cuando sus uñas caven, negárseles podrán.
Yo sufro por sus dedos, débiles, que no encuentran
afirmación de hembra con la que hacer hogar.

LOS SENTIDOS

Cos sus oídos no escuchan
los estruendos de las tormentas.

Con sus ojos no ven más allá
de las fotografías típicas.

Con sus manos sólo recogen
el fruto salvo de la simiente.

Evitan respirar, no les asfixie,
el polvo que, al labrar, sueltan los campos.

Eso sí: por su boca
surgen sin ningún esfuerzo
las mejores cosechas del mundo.

LA PANTALLA

Cuando salgo de casa se queda
la pantalla vacía:
que mis padres ya no son actores
del guión que escribe
con trabajo el campo.

Cuando salgo de casa me llevo
sonido y colores.
Ellos quedan, el blanco y el negro,
tras el polvo ocultos,
rezando en silencio.

Ellos quedan, cuando yo me marchó,
como si actuaran fuera de pantalla.

INVIERNO

Lluvia, frío,
hielo, nieve...,
Soledad: que no regresan
los que dicen que te quieren.

Pena, llanto,
desconsuelo...
Quedan incultos los campos,
olvidados los labriegos.

¡Siempre enero!
Sementera
cuando algún día en los pueblos
haya también primaveras.

Mientras tanto,
siempre enero:
siempre lluvia, siempre nieve,
siempre frío, siempre hielo.

CONTRA EL FRÍO

Rostro de lana.
En la gorja el aguardiente
encandilándole la estancia
carnal.
Paja dentro de las botas.
De las esquinas de los ojos quitándose
la nieve rancia de las legañas.

¡A LA CAMA!

(En recuerdo de mi madre)

Nada mejor que un beso de cariño.
¡Nada mejor! Y gracias por la enorme
piel de borrego y la fugaz pasada
del culo y alambreira del brasero
entre las duras y arrugadas sábanas.
¡Cómo olvidar los gélidos momentos
que con amor materno calentabas!

EN INVIERNO

Cuando la sopa blanca
llena todos los platos
y cubren a las aguas
arrugados espejos,
los labriegos descansan y combaten el frío
en su mesa con faldas escarbando el brasero.

Y salen a la calle como los terroristas
(con sus pasamontañas y guantes en las huellas);
dejan que les ataque el aguardiente a tiros
y bregan como pueden contra el gris invasor.

¡Qué días tan enormes
en pueblos tan pequeños!
Lamen los niños
abanicos de hielo, pedazotes de río,
congelado sudor...
y lanzan cañonazos de nieve a la tristeza.
¡Qué guerra tan inmensa con tan pocos soldados
como retiene a palos el viejo labrador!

Y cuelgan en las tejas desarreglados conos que
a modo de puñales sus hogares protegen
haciendo que parezcan inevitables cárceles
donde apenas las horas transcurren arreándolas.

El ganado, la casa...
y la sopa cayendo.
El labriego separa
de sus pies malolientes las botas
con forro interior de zurcidísimos calcetines
y los pone a que el calor los oree.

El frío, el vencedor.
Tabardos y bufandas al combate.
Los muñecos de nieve,
que sustituyen a las gentes en la calle.
Y los campos, que no
se ve que nacen.

EL MUSGO DE LOS SUEÑOS

Levanta el sol, se lleva las estrellas
que la rosada en la pradera puso.
Sobre el cuerpo mojado de las piedras
y sobre las cortezas de los árboles,
como hinchazón, sobresaliendo, el musgo.

Al levantar el sol, sobre sus hilos se
tienden a secar ropas y cuerpos.
Sobre las piedras mira el campesino
y sobre las cortezas de los árboles
a ver si nace el musgo de los sueños.

ME QUEDARÉ CON ELLOS

Me quedaré con ellos como queda
a florecer el sol en primavera.
Me quedaré, me quedaré con ellos
en el verano caluroso y seco.

Me quedaré con ellos como queda
en el invierno blanca la pradera.
Me quedaré, me quedaré con ellos:
hojas caídas del otoño fresco.

Y otras estaciones que vinieran
y otros tiempos
me quedaré para que queden ellos.

EL CAMPO

Aquí arriba no tengo
nada más que a la espiga;
ancianos, que laboran
los campos del recuerdo;
la casa donde solo
mi soledad habita;
el aire, sano, puro
y el plácido silencio.

Aquí arriba es abajo,
según decís vosotros,
pero yo no comparto
los dictámenes vuestros.
Placeres y riquezas
conozco a lo que obligan:
aquí arriba es arriba
por lo bien que me siento.

Respiro sus perfumes,
escucho sus sonidos,
camino hasta sus cumbres,
retorno cuando llego;
y espero que concluya
mi vida en estos pagos,
al lado del arado
mis surcos escribiendo.

*(No te engañes: si vienes,
con las ideas claras
y presto al sufrimiento.
La espera será larga.
Injusto será el premio.)*

EL NOVEL

El novel del terreno
deglute las primeras
bocanadas de agrios.

Bregar, no escaramuzas.
Bregar constantemente
hasta ganar estíos.

Las manos derrotadas,
se encrespa y se concome
sin flores que lo alivien.

Bregar, ¿no hay otro medio!,
contra el invierno crudo
para el verano efímero.

RECIBIMIENTO

(A mi pueblo)

A ambos lado de la carretera,
a la vera del río y del acampo,
formando hileras sin final, umbrosas,
alzan los chopos sus hojosos brazos.

Es un paseo para los que llegan.
¡Es tan hermoso para contemplarlo!
Luego se van, dejando al río seco,
con el recuerdo de los chopos altos.

A ti, que vienes a buscar lo fértil
adonde reina el cantizal y el páramo;
tierra que habitan las personas fuertes,
que no desisten ante los fracasos.

A ti, que vienes a ocupar el puesto
de nuestros muertos y de nuestros vástagos,
yo no te digo que te vayas: eres
bien recibido, como el nuevo grano.

*Esa mujer, pastora, labradora,
esposa, madre y sierva de la casa.
Esa mujer que a lomos tanto peso
tiene que descargarse y no descansa.*

ELLA NO QUIERE VENIR

I
Ella no quiere venir. Le digo: verde,
hontanar, río paseo, soto, umbría
y perfume de romero
el aire que se respira.

Ella no quiere venir. Contesta: polvo,
soledad, sudor, miserias y sequía.
Ella no quiere venir
a pasar aquí la vida.

II

¡Y yo que amo de verdad al campo
a pesar del polvo!
Yo, que no tengo soledad en medio
de la mies plantado.
Yo, con mis manos toreando al toro.
Yo, ¡y porque quiero!, sin aplausos.

A ESTE PUEBLO

A este pueblo que desde la torre,
monaguillos los vientos,
sin convicción reclama la palabra
salvadora y motriz del cura-párroco.
A este pueblo, con la vieja escuela
de pupitres ajados por el desuso,
apilados en total desesperanza:
recreo permanente.
A este pueblo, enfermo de los surcos
trazados por la edad y las angustias,
sin médico que alivie sus dolores;
rendido de pasar necesidades.
A este pueblo, tienda del escarnio
inmerecido, al que aprovisionan
de víveres los carros de otras eras.
A este pueblo, a esta lengua,
que vive caliente
en el aliento de otras bocas
más grandes.

*En un bajel partió la mar arriba.
En un bajel que se perdió en la noche.
En un bajel con el que siempre iba: en
el bajel descalzo de sus pies.*

NO TE VENGAS

No te vengas al campo por dinero;
a comer, del labriego, la fiambra.
Para tomar del grano de la era
algún montón, ganarlo es lo primero.

Contra el calor, la bota y el sombrero.
Hasta la mies, los rezos y la espera.
El rico se solaza en la pradera
y el pobre sube sacos al granero.

No te vengas aquí, nadie te manda,
para pasar los días acostado
sobre la hierba placentera y blanda.

Has de traer el cuerpo preparado
a no parar: la tierra te demanda
para pasar los días levantado.

POR DENTRO

I
Aguantarás los golpes: eres yunque.
Y tú también darás: con tu trabajo
llamándole a la tierra hasta que abra.

II
Si la tierra está sorda,
dale golpes:
¡que oiga!
Si la tierra no abre,
dale golpes:
¡que la puerta se rompa!
Y habita la tierra por dentro,
que por fuera se la desconoce,
¡por dentro,
por dentro,
por deeeeeentro!

BARBECHO

A las malas ideas
déjalas de barbecho.
Que las aras,
las siembras
y crecen
y se multiplican
y llenan el pueblo.

Porque otros, para defenderse,
también las cultivan
y si tierras ayer eriales,
ejidos,
vanas,
en sus surcos el odio, la inquina...
levantan espadas.

Que las malas ideas al pecho
del campo enfurecen.
Que las malas ideas... ofenden:
¡déjalas de barbecho!

CARICIAS

Lo que a la espiga del terrón levanta
son las caricias, que la tierra nota.
El labrador se deja gota a gota
en cada surco y, dolorido, canta.

El labrador es madre que amamanta,
y de su amor la leche no se agota,
a la reseca tierra en la que brota
el cereal que implora su garganta.

Al necesario campo, tuyo y mío:
naturaleza y tierra labrantía
que se transforma en erial, vacío.

Allá perdidos en la lejanía
las arboledas, prados...; seco el río
que nos brindó sus aguas cada día.

*Al sofocante sol, que no has sudado,
aquí tendrás, para tener, tus manos.*

SANGRE NUEVA

Volvió con sangre nueva
a retomar aperos arrumbados:
unas colleras, cuevas de ratones,
y otros artefactos.

Con el arado
desempolvó su nombre de la tierra;
en cada surco colocó su grano
y la semilla le llegó a la era.

Distinta sangre por las mismas venas:
si ayer errante, orgulloso, vago,
hoy se capea, laborioso y grave,
sobre el campo árido.

Volvió quien era necesario: el ávido
de tierra fértil sobre tierra yerta.
Dicen que el pueblo renació, sangrando
con su presencia.

YUGO

Es todo yugo hasta llegar al grano.
Menos los carros,
todo es yugo.

Arar, segar, acarrear, trillar,
beldar, cribar... hasta llenar los sacos:
todo, menos los carros.

Carros de varas hay, es lo que queda,
sin yugo, sin pareja.

COPLA

Como la encina
recia y umbrosa
entre las *mieses*
permaneciendo.

Viejo, la encina.
Joven, la rosa.
Viejo, el terrón
y joven, el viento.

DE VIENTO

Duro terrón: el polvo que levantas
se lleva el aire.
No quieren ser tus hijos, yo lo entiendo,
terrón de nadie.

Porque pueden pisarlos o golpearlos
con azadones.
Prefieren ser de viento, que no de polvo,
¡libres!, los jóvenes.

LO QUE QUEDA

La boca de la escuela,
cerrada.
La boca de la iglesia,
cerrada.
La boca de...

Sólo la boca del granero,
vacía,
que Dios quiera, al abrirse,
rebose con el fruto de los besos
que dimos persistentes en el polvo.

DE TI DEPENDE

I

De ti depende que sus hojas vuelen
o se mantengan firmes en el árbol.
De ti depende enderezar su tronco.
De ti dependen sus añosas ramas,
sus frutos y sus pájaros.

De ti depende su vestido verde
o que se tiña del otoño amargo.
De ti depende levantar su copa
o dejarla caer, como cayeron
las tierras de los páramos.

II

Y seguirán los cantos en el río
por el ojo del puente vigilados.
La mano del pastor, enfurecido,
los tirará al ganado.

Y jugará con ellos algún niño
a salpicar en los pequeños charcos
apartando los raros y los finos
para coleccionarlos.

LAS TIJERAS

Las tijeras del sol a los largos
cabellos del río
hacen mechones.
Entre unos y otros, la tierra
cubierta por cantos
o herida aparece.
Hay mechones pequeños y pelos
suelos, que serpean
débilmente, quedándose secos.
Hay mechones pequeños: algunos
que los niños traviesos entierran
o vacían jugando con cubos.
Y mechones más grandes, con juncos,
insectos y peces:

el mechón a la sombra del puente
o el más alargado y profundo,
a la umbría de hilera poblada
de chopos y arbustos.
El pelaje que busca el ganado,
lugar donde abreva.
El pelaje que plácidamente
disfruta la gente;
donde ramas tronchadas navegan,
unos troncos podridos y huecos,
alguna hoja verde,
algún cardo seco...
Las tijeras, que le van dejando
calvo y no por viejo.
Las ardientes tijeras del sol
en la testa peluda del río.

A LA SOMBRA

I

A la sombra quien ama del pueblo
los ríos, las plantas...
A la sombra disfruta y descansa
cada veraneo.
A la sombra del hombre que pasa
sudoso corriendo.
Y pasea después, sin jadeos,
cuando el sol se marcha.

II

Te pones el sombrero que te traes.
El otro, en una punta colocado.
De tela tu sombrero, no de paja
ni tampoco de grano.
Te pones el sombrero nuevo y caro
que tanto, desde siempre, deseabas.
El otro, ¿no te acuerdas?, el de antes
sin uso se desgasta.

III

Y las calles al sol, bajo el fuego, vacías.
De carbón en las eras los braseros llenos.
El ganado lanar que regresa:
amorradas ovejas, que arrear los perros.

¡Qué calor más enorme! ¡Qué horno el estío!
Panifica las *mieses*, derrite los cuerpos.
En las eras hay hombres que aguantan
las *mieses* que abrasan, al sol, bajo el fuego.

LLENARTE CON ALGO

Tienes ganas, vacío, de llenarte con algo
y tus mientes añoran, aquí están tus cimientos,
a los campos de espigas con cizaña y con cardos
y a los cantos que colman eriales terrenos.

Tienes ganas y sufres por haberlo dejado,
aunque ayer sonreías escapando de ello.
Quizás haya unos pocos que te estén esperando;
los demás, en sus surcos, su ganado y sus huertos.

Volverás algún día y en mitad del sembrado,
habitante con prisa, harás hoyo pequeño
donde asientes tu vida al solaz del verano,
sin raíces plantando, sin sudor en el cuerpo.

Los malévolos vientos se asirán a tu árbol
retirando sus hojas con bruscos movimientos.
Vagarás débilmente, indefenso, obligado,
acabando podrido, hediondo excremento.

TUS LABIOS

Los besos que nos quedan no nos bastan;
por eso hasta tus labios acudimos,
carnosos, turbadores,
pintados de colores que nos gustan
y envueltos en papel para llevarlos.

Los labios que nos calmen con sus aguas
la inmensa sequedad de nuestros labios.

LOS NUDOS DEL AMOR

Cordón donde se anuda todo
es la vida. ¡Cuánto nudo amargo!
Perdóname lo que anudé tan fuerte
que mucho te costó desanudarlo!

Y que, a pesar de todos esos nudos
con los que no se valgan nuestras manos,
los nudos del amor, que tanto anudan,
no dejen nunca de anudarnos tanto.

(Carrillón, La Carruca, el monte del tío Ricardo...)

PAISAJE

Al oeste

selváticos huertos:
árboles revueltos,
mayoría vanos;
las paredes torcidas, abiertas,
de zarzas cubiertas
con frutos morados;
pozos anegados;
ofidios, toperas
y la fruta caída, macada,
entre la maraña
de arbustos y hierbas.

Plantío de chopos;
después, una cuesta;
en el cerro, un monte;
y la luz arrebol, que declina
trayendo la noche.

EL TORO DEL RÍO

En un lodazal, a la umbría de un árbol,
los póstumos restos de sangre
del toro muerto del río.

Reses del rebaño
-¡qué asco! – bebían
la sangre ceniza
del toro muerto del río.

Enhiestas banderillas,
hojas navegantes,
revuelo constante
de insectos.

Heridas abiertas
vienen a tu entierro
y a sustituirte,
toro muerto del río.

Cornadas del sol
en tu piel, desollada
y extendida a sus rayos,
toro muerto del río.

PÁRAMO

Costillares curvados de casas derruidas,
cubridores de aperos que dejaste arrumbados.

Páramo.

Mugrientos, humeantes
-ayer llenos de grano-,
podridos se deshilan
los sacos.

Páramo mi pueblo, páramo.
Sólo soledades, sólo.
Tejas y adobes caídos
y las gentes de los sotos.

ESPERANZA Y VUELTA

Ya no tienen sudor: todo lo echaron
orgullosos a cambio de las *miseses*.
En sus sueños, mugidos de las reses
y cosechas que nunca terminaron.

A marcharse de aquí les obligaron,
deseosos de alzar sus intereses,
pero fieles al campo y sus reveses
a su tierra de siempre regresaron.

A su tierra de ejidos y de arados,
de simientes logradas y pedidas,
de plantíos, de ríos y de prados.

A la tierra que causa sus heridas
y abarrota de flores sus collados.
A su tierra, a sus campos, a sus vidas.

ELLOS PROCEDEN

Ellos proceden de los grandes silos
donde los campos llevan sus sudores:
unos dejaron cámbaras vacías,
otros nacieron llenos de montones.

Cada fin de semana y en los grandes asuetos
devienen presurosos en busca de sosiego.

Respirando los aires se confortan,
en las verdes praderas se recuestan,
el campo les efunde sus aromas
y marcharse les cuesta.

Pero se van y quedan los de siempre
a su pajar el techo remendando,
telarañas espesas retirando,
las *miseses* escardadas manteniendo.

Pero se van y dejan cobijado
el polvo de su ausencia en nuestros pueblos.

*(Son los del soto, que con letras nuevas
en el cuaderno escriben de la tierra.)*

LOS DEL SOTO

Habitan en mansiones
de piedras y ladrillos.
Ni arreglan los caminos
ni labran eriales.
Vinieron enseñados
al gris y al griterío.
Disfrutaban el silencio
y la sombra de los árboles.

Del campo, sí; del polvo,
mejor que no los hables.
Y hacen colecciones
de espigas y de aperos.
Algunas vacas sueltas
los mugen y los lamen
y ellos las espantan
para que marchen lejos.

*A los del soto les hacían falta polvo y
sudor para saber del campo. Eso les
sobra, de los dos y a manta,
a quienes labran el roñoso páramo.*

EL LABRADOR

En la sombra,
en la sombra se extiende.
Los intrusos, al sol se colocan.
Él, oculto en la sombra, se extiende.
¡Y cómo se nota, aunque no se ve,
en las *mieses* al sol de la sombra!

EVOCACIONES

Sobre la mesa puestas a descansar
las tristes hojas ásperas de sus manos
junto al porrón, con la barriga llena
del rojo néctar de las amapolas.

De su rostro, doliente y abatido,
surgen evocaciones. ¡Tantos años
resecando las palmas de las manos!

Densas imágenes,
todas juntas, entremezcladas:
de cuando arañaba, tirado por yunta,
su arado a la tierra, por él dominado;
de cuando escardaba y, formando montones,
quemaba los cardos;
de cuando sembraba esparciendo puñados;
de cuando segaba formando gavillas
con la hoz cortando;
de cuando, de varas o yugo, el transporte
realizaba en carro;
de cuando trillaba, beldaba, cribaba,
subía los sacos
de tres y de cuatro medias a la cámara
en un hombro y medio brazo,
y metía con bielta la paja
por la *pertilera* levantando polvo;
de cuando en el campo, ¡tiempos dolorosos!,
sólo había granzas.

¡Evocaciones! Y su mano pasa,
los ojos en el vidrio colorado,
dejándole caricias en la panza.

¡Evocaciones! Y, al porrón asida,
la misma mano que acarició antes,
elévase y al paladar escancia.

LA NOCHE

La noche es una goma
que borra nuestras letras y borriones.

La noche es esa mano que recorre
rasando nuestros campos.

La noche es el silencio y es el llanto,
son las meditaciones.

Albergue de los sueños,
el velo de la noche ha llegado.

*Mejor es el silencio si son tales:
porque la tierra, fuerte como el hierro,
necesita buriles inmortales.*

EL CAMBIO

Amor al campo y corazón primero.
Después vinieron, corazón vendado,
los visitantes y quedó el arado
abandonado en cualquier sendero.

¡Los visitantes! Y el ayer severo
de los terrenos cultos terminado.
El soplo de los vientos ha cambiado
al campo polvoriento y verdadero.

En sitio de las casas con pajares,
con cuadras y graneros derruidos,
levantan a capricho sus hogares.

Dolor por el amor, pero sin ruidos,
nativos y valor de los lugares,
los hombres, corazón, sustituidos.

DEJADME LA PAZ

Dejadme la paz, vivir en el campo.
Quedaos la guerra de la gran ciudad.
Tranquila existencia es lo que reclamo.
Dinero es dinero, no felicidad.
¡Dejadme, dejadme, dejadme la paz!

Porque yo... mirando las casas caídas,
a los cuatro viejos que ya no se irán,
a los que laboran y a los que se piensa
que dentro de un tiempo también partirán,
soy feliz. ¡Dejadme, dejadme la paz!

EL GRANO DE LOS PUEBLOS

El grano de los pueblos es la vida
tranquila, respirar el aire puro.
Aquí me vine porque aquí me curo,
aquí encontrada la razón perdida.

Allá la gente triste y abatida
y un cielo cada día más oscuro.
Aquí la claridad; y el campo duro,
labrado por la mano dolorida.

Al mundo no le queda otra salida:
el campo, lo veréis, es el futuro.

HE DE SER

He de ser corderillo
que salta en el otero
huyendo de la turbia
mirada de la tierra
y escaparme del hato que
cuidan los pastores en
busca de otros cerros,
melgares y praderas.

He de ser por mí mismo,
hacer lo que deseo,
caminar el camino
de mis propias ideas;
desnudarme del polvo
que producen mis pasos
y cubrirme del polvo
que produzcan mis huellas.

*Para el que busca la felicidad, el
campo es mi receta preferida,
que no es vivir con más, sino con vida.*

fin